

LOS ESPACIOS DE LA ESPERANZA *

Alejandro Rojas

Este trabajo es un intento por introducir en el debate acerca de la democratización de la sociedad chilena, una perspectiva que relaciona las aspiraciones socialistas con una dimensión ecológica y pacifista que conduce a cuestionar el estilo de desarrollo industrialista que ha ocupado el escenario de América Latina por décadas. Se abre debate acerca de la necesidad de relacionar los problemas más urgentes de Chile -una vez que se recupere la democracia- esto es alimentación y trabajo para su población, con los problemas del medio ambiente, la desmilitarización y la socialización del poder económico de la Nación.

* Ponencia presentada en el II Encuentro de Chantilly, Francia, septiembre 1983.

Han pasado ya diez años desde que la democracia y el modo de vivir al que estábamos acostumbrados los chilenos fueron arrasados por la violencia. Se sabe, el país y sus actores sociales, políticos y culturales no son los mismos.

Desde los que vivimos nuestra experiencia política como anhelo transformador, como aspiración de justicia e igualdad, han surgido diversas corrientes, marcadas a fondo por la experiencia de cada cual. Somos no pocos los que hemos experimentado una transformación profunda que nos conduce a repensar nuestra experiencia política y, por qué no decirlo, toda nuestra visión del mundo. Se ha vivido una crisis profunda y muchos en el exilio o en Chile sustentamos nuevos puntos de vista al reexaminar la experiencia revolucionaria chilena y su trágico desenlace. La vida en el exilio, que ha incluido un conocimiento directo tanto de la existencia cotidiana en los países del socialismo existente como en los países capitalistas, todo el debate internacional acerca de la crisis del marxismo y el reclamo intransigente por la democracia que impulsa el marxismo de Europa Occidental, también ha llegado hasta nosotros. Nos han conmovido las guerras, ocupaciones y crisis de y entre los países del socialismo existente como también, la espiral de locura que alimenta la carrera armamentista entre Este y Oeste. Sin embargo, nada cambia nuestra indignación por la violencia, el crimen y la miseria que sufren nuestros pueblos de continentes pobres; por el arrasamiento de cada derecho humano, de cada libertad democrática en nuestro país. Por el contrario, la ausencia de los valores democráticos en Chile, la vivencia profunda que esto comporta, nos conduce a su revalorización.

De este proceso ha emergido en la izquierda chilena (y no sólo en ella) toda una corriente de renovación, que reteniendo las aspiraciones fundamentales que motivaron nuestra lucha, reexamina la concepción teórica que sostuvo sus opciones éticas, ensancha su horizonte cultural, se replantea todos los viejos temas desde perspectivas nuevas y busca redefinir sus ideas acerca de modelos organizativos, cuestiona sus referentes internacionales y repiensa la idea misma de la política y por ende, la idea misma de cómo hay que hacer para que la voluntad humana se haga eficaz para incidir en las formas de su propia existencia. Hay también un trasfondo más profundo: El reconocimiento de que se vive la crisis de una civilización que confundió industrialismo, acumulación y ganancia con felicidad humana. Esta crisis se extiende desde la ciencia hasta el cuestionamiento del escenario cultural que acompaña la era industrial.

En algunos trabajos he intentado examinar con detalle el curso de los procesos que han conducido a lo que calificaba esquemáticamente, como "la tendencia de renovación" y la "tendencia de reafirmación" en la izquierda chilena y he tratado de allegar mis propios puntos de vista en ese debate (1). Ello me excusa de repeticiones innecesarias pues son otros temas, a mi juicio poco debatidos en las filas de la renovación, los que quisiera en esta oportunidad poner sobre el tapete.

Creo que la izquierda renovadora ha hecho ya dos avances que me atrevo a calificar como sustanciales:

a) La identificación de la democracia política entendida ya no más como simple arena apropiada solamente para la acumulación de fuerzas, sino como valor intrínseco, y

b) La comprensión (autocrítica) de que hasta hace poco, la política de la izquierda era absorbida por la obsesión de la conquista del poder del estado (todo el poder), motivada a su vez por la ilusión de que las manifestaciones institucionales del estado eran la locación principal, sino única, del poder. Ella venía acompañada de una segunda idea central: la conquista del poder del estado permitiría modificar las relaciones de explotación. Expropiados los poseedores de los medios de producción, se iniciaría el proceso de liberación de la clase obrera de sus cadenas y... al liberarse la clase obrera, liberaría a la humanidad entera de las suyas. Hoy se comprende que la gran tarea política ha de centrarse en la sociedad, se vislumbra que la construcción de "tejido social", de "espacio de socialización" o de "sociedad civil", es la verdadera condición para la modificación de

(1) A. Rojas, "Crisis y Renovación en la Izquierda Chilena", presentado en la Conferencia sobre Democracia y Socialismo, México, marzo 1983.

las relaciones de poder que se condensan en el Estado (1).

Me atrevería a sostener que estos dos aspectos al menos, han sido ya internalizados por quienes se sitúan en la corriente de renovación. Sin embargo, estas dos afirmaciones generales ofrecen mucho para discutir y pueden ser resueltas teórica y políticamente en direcciones muy variadas. Los temas que a continuación quisiera tocar mostrarán aspectos de una de las direcciones posibles. Los dos avances mencionados serán en esta oportunidad sólo telón de fondo.

DEMOCRACIA Y REDUCCIONISMO DE CLASE (2)

Una literatura abundante ha examinado sobre todo en estos últimos años, el proceso que llevó al movimiento revolucionario heredero del marxismo, a una posición de ruptura teórica con la democracia política, más específicamente con la "democracia burguesa". Esta fue, o bien

a) Rechazada en bloque por constituir sólo una ilusión de participación e igualdad jurídica, destinada únicamente a manipular a las masas y a legitimar el orden burgués basado en las relaciones de explotación, o

b) Reivindicada a lo más como etapa necesaria para la educación política del movimiento obrero y como escenario apto para que este se relacionara con fuerzas que podían marchar un trecho de historia junto al proletariado hasta el momento en que este acumulara fuerzas suficientes para asumir el poder. Esto llevó a

c) Confrontar la democracia "formal" con otro proyecto de democracia "real", democracia "proletaria", "directa", cuya forma necesariamente debería ser en algún momento del proceso "la dictadura del proletariado".

Desde nuestro punto de vista no hay nada de objetable en el ejercicio de la crítica de los límites y falacias de la democracia burguesa. No hay dificultad en mostrar que no basta que una sociedad esté dotada de un sistema político con existencia de sufragio universal, pluralismo político e ideológico, libertad de circulación de información, reunión y opinión, reemplazo periódico del personal de gobierno, etc. para considerarla una ciudad democrática. Mostrar que en una sociedad el poder económico está centralizado en una clase social y que por ende logra acceso privilegiado a los mecanismos de información (a su propiedad y gestión) y a los resortes del poder político, no ofrece dificultad alguna. Los problemas comienzan cuando se intenta demostrar que una sociedad democrática puede edificarse hoy día prescindiendo de

(1) Sin embargo, este reconocimiento ha sido seguido de un esfuerzo importante por especificar la política. N. Lechner, E. Tironi, T. Moulian, A. Flisflish, M. A. Garretón, J. J. Brunner, entre otros intelectuales de la renovación en la izquierda chilena, han hecho importantes aportes. En la misma línea y, tan valiosos como los anteriores, son los contenidos en el libro editado por J. E. Vega, Teoría y Política de América Latina, CIDE, Ciudad de México 1983.

(2) A. Rojas, "Contra el reduccionismo de clase", Chile América, N° 82-83, 1982, Roma, Italia.

esos valores. La dificultad tiene un sustento real: allí donde se intentó sustituir la despreciada democracia "formal" por la "democracia proletaria", que implicaría el poder real para la clase obrera, el resultado es conocido. Es otro: se ha materializado un poder omnímodo, frente al cual la gente no tiene mecanismos de control. Al ser un poder incontestado - toda vez que no admite un mecanismo de contestación real - ha vivido todos los procesos que ineluctablemente caracterizan la dinámica burocratizadora, terminando por oscurecer, limitar o negar muchas de las conquistas que el proceso revolucionario había abierto.

Así frente a una democracia capitalista vaciada de contenido real por las relaciones de explotación, se ha opuesto un régimen que socializó los medios de producción en el contexto de un régimen político autoritario, que, a su vez vacía de contenido -distorsiona y limita- la socialización del poder económico, precisamente por falta de socialización del poder político.

Frente a estos desarrollos, no pocos se conforman con lo que hoy conocemos y mantienen una visión de las cosas que impide comprender cómo la democracia política puede ser profundizada, enriquecida hasta que paulatinamente abra paso a formas de gobierno superiores, en el sentido de la participación real de los ciudadanos en el control de los procesos sociales y en última instancia, en el ensanchamiento de su propia autonomía. Al fin y al cabo, la médula del concepto de democracia radica en el autogobierno de las masas, en la autonomía y en la libertad del ser humano.

La raíz teórica de estos problemas se ha ido haciendo conocida. Lo que condujo al movimiento revolucionario a una ruptura teórica y práctica con la democracia política (sufragio universal, pluralismo político ideológico, libertad de circulación de ideas e información, de reunión y opinión, etc.) fue la visión economicista del proceso histórico, la consideración de la política y de la ideología y más en general, de la cultura, como simples epifenómenos determinados en "primera" o en "última instancia", por los movimientos de la base material -la economía- de la sociedad. Esta visión teórica fue influida por las condiciones históricas que rodearon el surgimiento de los movimientos revolucionarios, inscritos a su vez en un determinado escenario cultural característico de la época. No en vano las ideas de Marx se hicieron movimiento político en una época que apostaba a la existencia de verdades científicas que permitían establecer "las leyes naturales" que caracterizaban el proceso histórico, y que describían una "realidad" que se desenvolvía "independientemente de la voluntad de los hombres". Así, el "colapso" del capitalismo sería "inevitable" y con él se derrumbaría una democracia (burguesa) que no era percibida sino como envoltorio de ese sistema económico y social.

La irrupción revolucionaria de Lenin y los bolcheviques puso en tela de juicio no pocas de las "verdades científicas" y no pocas de las "leyes de la naturaleza". Pero no alcanzó a cuestionar la substancia de la visión que se tenía del proceso histórico.

Así, la intervención de la voluntad humana organizada (política) es teorizada por Lenin como la acción de una fuerza portadora de "ciencia", el partido revolucionario del proletariado, con la capacidad de importar a las masas un conocimiento "objetivo", que liberado de todo subjetivismo podría llevar la lucidez respecto de sus intereses reales a una clase obrera que por sí sola no tendría sino una mediatizada capacidad para desarrollar una pálida "conciencia tradeunionista, reformista" (1).

Reivindicar para el partido revolucionario del proletariado la capacidad de poseer tal conciencia lúcida y de sacar a las masas de su estado de "conciencia falsa" significaba -como en rigor lo hizo Lenin- aceptar la teoría de Kautski (2) acerca de la importación de la conciencia efectuada por intelectuales salidos de la burguesía y que educarían por la mediación del partido a las masas. Se desdibujaba aquí el hecho de que estos intelectuales eran primeramente "educados" por las condiciones concretas en que se desenvolvía la existencia cotidiana de las masas obreras, que en definitiva eran las portadoras de la experiencia que necesitaba ser teorizada. Así, Lenin no vió el proceso de desarrollo de la conciencia como un proceso creciente de conocimiento sujeto a interpelaciones infinitas y cuyos límites no son codificables, sino más bien, como proceso de inculcación -vía acción educadora del partido obrero- de una visión del mundo ya constituida, expresión de la conciencia liberada, sinónimo de conocimiento científico de la "realidad".

Esta teoría, como se ha sostenido, está en la base de una concepción del partido, del estado y del poder y de los movimientos políticos que luchan por él, que legitima finalmente la posibilidad de que el partido, instalado en los puestos de comando del estado, ejerciendo la "dictadura del proletariado" (3) encuadre a las masas en ciertos límites cuando éstas son percibidas como en estado de "falsa conciencia". Finalmente, esta racionalidad permite intentar justificar -en nombre de las "posiciones de la clase obrera"- que un golpe militar no sólo disuelva y persiga a las organizaciones de la clase obrera, reprima a los trabajadores, como en Polonia, y que termine por disolver (aunque transitoriamente) al propio partido de vanguardia, toda vez que muchos de sus miembros se habían "contaminado" de conciencia falsa... Si esto es posible, tampoco extraña que desde esa teoría se pueda construir la lógica de "desviaciones" (respecto de una línea "correcta", "política científica", etc.) que en definitiva no permiten pensar a la sociedad como una constelación cuya diversidad es no sólo natural, inevitable, irreductible, sino además deseable.

Si la sociedad es una diversidad natural, inevitable, irreductible y deseable, y si por otra parte se desea garantizar a cada cual la posibilidad de incidir en el curso de los acontecimientos que definen su propia existencia, es necesario admitir que una organización democrática de la sociedad es aquella que parte pensando como garantizará

(1) V.I. Lenin, ¿Qué Hacer?, Editorial Progreso, Moscú, 1962.

(2) V.I. Lenin, op.cit.

(3) A. Rojas, Art. cit.

esa diversidad, lo que conduce a la crítica del capitalismo y, a la vez, a la crítica del socialismo existente. En este sentido, de nada sirven los ejercicios de algunos teóricos que resuelven el problema decretando que el socialismo existente no es socialismo porque no se ajusta a lo que Marx predijo que sucedería. Así, los problemas del socialismo de carne y hueso son eludidos con el predicamento de que él expresa únicamente tergiversaciones y desviaciones respecto del modelo de Marx.

Estas sociedades fracasaron en articular los valores democráticos al proyecto socialista (del mismo modo que fracasara hasta hace poco el movimiento revolucionario) porque su visión teórica de la política, de la ideología, y de la cultura, es una concepción signada por el reduccionismo de clase. Este se manifiesta de manera más o menos sofisticada, pero en definitiva parte de la creencia (alimentada por un escenario intelectual cuyo paradigma se sitematiza con Descartes y con Newton) de que el conocimiento de las relaciones de explotación (causa) y el estudio de la estructura de clases proporcionaba la sustancia (suficiente) para nutrir un concimiento objetivo que a su vez generaría una práctica política que al superar -vía acción revolucionaria de la clase obrera y sus aliados- las relaciones de explotación, crearían las premisas para que -una vez demolido el aparato militar- burocrático del estado burgués e instalado el estado de la dictadura del proletariado- se iniciara la extinción del estado y se pasara paulatinamente desde una sociedad que retribuiría "a cada cual según su trabajo" (socialismo) a una sociedad sin estado, caracterizada por la asociación libre de los productores y que retribuiría "a cada cual según su necesidad" (comunismo). Es decir, el desarrollo histórico se percibe como el desenvolvimiento de una contradicción única o fundamental (contradicción de clases), respecto de la cual las otras contradicciones de la sociedad (sociedad jerarquizada en la familia, en la escuela, en la fábrica y en la oficina; sociedad caracterizada por la dominación del hombre sobre la naturaleza, del hombre sobre la mujer, de la tecnología sobre el ser humano, de un grupo étnico sobre otros grupos étnicos; de una medicina autoritaria sobre los enfermos; de los adultos sobre los jóvenes; de la burocracia sobre la gente; de la policía sobre los transeúntes; del estado sobre la sociedad; de unos países sobre otros; etc.), contradicciones que se entienden como epifenómenos de la contradicción de clases, se diluirían por sí solas al desaparecer la explotación del hombre por el hombre. La prueba de ello es que estas categorías y contradicciones nunca son teorizadas en su especificidad y que finalmente la propia sociedad comunista pensada por Marx (aunque por cierto no en sus detalles) se define como libre asociación de productores y no hace referencia a este conjunto de relaciones de dominación-subordinación.

Es inútil discutir aquí si la herencia de Marx conducía o no inevitablemente a esta visión del proceso histórico. Uno podría sostener estos puntos de vista apoyándose en una lectura creativa de la teoría marxista de la historia (que nunca fue pensada por Marx como doctrina cerrada). Pero también se podría decir que la teoría de Marx, a no ser que se admitan rectificaciones vitales, conduce a una visión reduccionista de clase. Yo prefiero eludir aquí la opción "con Marx o contra Marx" y preferiría asumir como posición "con Marx y contra Marx", connotando con ello, que más de un siglo después, su herencia teórica resulta insuficiente

y debe ser trascendida (lo que no excluye que deba ser incorporada en muchos de sus elementos). Por lo demás, los propios seguidores de Marx se agrupan en distintas escuelas y debaten apasionadamente muchos de los elementos más sustantivos de la teoría. Esto hace muy difícil pensar en un marxismo. En efecto, es demasiado obvio que el mundo de hoy no es el de hace un siglo y que es inútil pedirle a Marx que teorizara acerca de problemas que no vivió.

En definitiva, lo que importa para nuestra discusión es subrayar que la democracia política, como escenario en el que se puede manifestar y desarrollar toda la diversidad de la sociedad, fue rechazada como resultado de esa visión reduccionista de clase. Era imposible pensar el escenario político del estado y a la sociedad misma, como lugares de confrontación de intereses diversos, como choque de intereses de clases y a la vez como lugar de manifestación y conflicto de las aspiraciones de grupos relacionados en términos de relaciones de dominación-subordinación, o simplemente como encuentro -más o menos conflictivo- de sujetos sociales que se constituyen los unos en relación a los otros (1).

De allí nuestro interés por los valores democráticos. Este interés emana de la convicción que sólo una arena política que se constituya reconociendo la diversidad de la sociedad y que institucionalice los canales a través de los cuales tal diversidad se pueda expresar, sólo tal escenario es condición posible (aunque no suficiente) para que se desarrolle el proceso de constitución de sujetos que provengan de los sectores subalternos y oprimidos de la sociedad. Nadie puede en principio hablar en su nombre, si ellos mismos no lo pueden hacer...

Garantizar la diversidad significa además crear la única posibilidad de que se generalice una visión de la sociedad que permita comprender el problema cardinal, el más importante que confronta la sociedad humana de hoy: El peligro de la extinción de la humanidad como tal y el colapso definitivo del planeta... Es decir, la creación democrática viene a entenderse como creación de espacios de esperanza.

¿Hay algo que decir y hacer en Chile respecto de estos problemas que desbordan clases, grupos y países? Hacia estos problemas quisiera a continuación dirigir la reflexión.

(1) E.Laclau, "The Impossibility of Society", Canadian Journal of Political & Social Theory. Vol. VII. N° 1-2.

LA DEMOCRACIA PARA CHILE Y LAS URGENCIAS: LOS ESPACIOS DE LA ESPERANZA

"Informe secreto en Estados Unidos admite finalmente que las industrias causan la lluvia ácida"

"Altos ejecutivos del gobierno de Estados Unidos han reconocido por primera vez que Norte América está en peligro 'virtualmente irreversible' por el daño que causan las emanaciones de carbón y la lluvia ácida, a no ser que Estados Unidos y Canadá logren limpiar el aire.

El jefe de la Agencia de Protección del Medio Ambiente William Ruckelshaus utilizará un informe secreto preparado por los expertos de la agencia para desarrollar un conjunto de opciones políticas a ser sometido a la consideración de la administración del Presidente Reagan.

...El aire continuará enrareciéndose, la tierra se envenerará más aún y los lagos estarán avinagrados hacia fines siglo incluso si se mantienen los controles de polución actuales, expresa el documento... Si los actuales programas se mantienen, la proyección de las emisiones aumentará entre 1995 y el año 2000.

(...) La lluvia ácida se produce cuando la polución industrial -una mezcla de sulfuro, un subproducto del carbón combustionado y nitrógeno- se combinan con agua de la atmósfera y cae de vuelta a la tierra como ácidos sulfúrico y nítrico, de propiedades corrosivas.

Los peces, la vida acuática, los cultivos y los bosques están en peligro".

(De la primera plana del "Toronto Star", uno de los periódicos más prestigiosos de Canadá, 12 de agosto, 1983).

Sólo mentalidades políticamente impostergable: el entendimiento político de todas las fuerzas opositoras a la tiranía militar, en torno a un punto crucial: devolver al pueblo chileno lo antes posible -ayer ya era posible- su soberanía y su derecho a instalar el gobierno que estime, protegiendo desde la partida el derecho de todas las corrientes de opinión que constituyen la constelación que conforma la sociedad chilena, protección que por cierto debe incluir los mecanismos concretos característicos de todo estado de derecho, que garantizan-obligan a cada actor social y político al respeto de las reglas que garantizan la expresión-constitución de esa diversidad y protegen la soberanía popular.

Pero el rerorno a la democracia planteará con urgencia problemas muy graves. No en vano, una de las motivaciones más poderosas que ha impulsado en América Latina a la supresión de los

escenarios democráticos, ha sido la aspiración de los sectores dominantes de impedir la libre manifestación -organizada y con capacidad de presión- de las demandas de las clases y sectores subalternos de la sociedad. No hay que ser futurólogo para predecir la presión que surgirá cuando los mecanismos opresivos que sofocan la manifestación de las demandas de los grupos oprimidos, sean aliviados por el proceso de democratización.

Surge de allí una problemática inaplazable, urgente: es menester alimentar una población pauperizada, es menester crear trabajo y condiciones para garantizar la subsistencia de las masas populares. La respuesta a las interrogantes que tales exigencias plantean, dividirán las aguas inmediatamente y más allá de la duración de los pactos o alianzas que definan los períodos y modalidades de la transición a la democracia, se presentará para cada fuerza política la necesidad de asumir una serie de definiciones que en el tiempo, no muy largo, implicarán ubicaciones respecto de los grupos y clases sociales en pugna por sus derechos. El problema se complica más si se tiene en cuenta que hay problemas de justicia que serán enarbolados por quienes más han sufrido la violación de los derechos humanos en el país.

Casi es posible adivinar que tales temas tenderán a dominar la arena política. Esas realidades operarán como un freno casi insuperable para impedir que se hagan presente en el debate nacional, otros temas que pueden presentarse como exotismos, como son los problemas de la relación entre la sociedad chilena y su medio ambiente natural; el problema de los derechos de la mujer, objeto de opresión patriarcal; el problema de la desmilitarización del país con sus respectivas interrogantes respecto de la paz con los países vecinos; el problema de los indígenas chilenos; las cuestiones relativas a los espacios de la ciencia, el arte y la cultura. Por lo demás, la experiencia la viví personalmente con un grupo de militantes de la izquierda chilena cuando propuse hace no mucho, detenerse un instante y mirar los problemas del desarrollo nacional, el concepto de modernidad y las estrategias de creación de alimentos y de fuentes de trabajo, con lo que llamaba la "mirada ecológica". "... Esas son excentricidades de países industriales desarrollados pues compañero... na que ver con las urgencias que tenemos aquí en América Latina..." fue la respuesta casi airada de uno de ellos.

Sin embargo, las respuestas de cada fuerza política tanto a las interrogantes urgentes como a las excentricidades, serán el resultado de sus visiones de la sociedad, de sus proyectos de organización de la vida colectiva. Quienes no tengan proyecto, navegarán en las aguas tibias y ocuparan los espacios pequeños de una política de piemas cortas. Se perderán en los pequeños pactos de pasillo, para tapar un hoyo aquí, desvestir este santo allá o para que tales o cuales seguidores de tal o cual tienda política ocupen ese cargo de más allá.

El problema más grave se presenta para la tendencia renovadora de la izquierda chilena. Al fin y al cabo las fuerzas marxistas-leninistas tienen un proyecto de sociedad, un modelo que se inspira en sus referentes internacionales. Para la derecha, el problema consistirá

como curarse de los pecados de estos años, pero impulsará un modelo político, económico y social que buscará asegurar condiciones de acumulación y reproducción del capital en un ámbito democrático, tratando de asegurar su parte privilegiada en el excedente, más allá que acepte la vuelta a la democracia a regañadientes o "por convicción y doctrina". La Democracia Cristiana se moverá probablemente en un espacio relativamente restringido reflejando el compromiso de sus corrientes tan diversas.

¿Qué proyecto de desarrollo nacional impulsará y defenderá la izquierda renovadora? ¿Quiénes -qué sujetos sociales, políticos y económicos serán el soporte de su proyecto? Pero... ¿es que debe tener la izquierda renovadora un proyecto, una utopía que motorice sus actos? Como es sabido, este es un terreno peliagudo, pletórico de problemas pendientes. Y a pesar de que probablemente la intelectualidad ligada a la renovación es la que más se esfuerza en producir "mil ensayos acerca de la sociedad chilena", a pesar de la seriedad, profundidad y amplitud con la que se vienen tratando diversos problemas (lo que es muy promisorio) (1) se está recién en los inicios y hay problemas respecto de los cuales aún no hay inicios.

Las opciones que habrá que asumir impedirán a la izquierda renovadora un repliegue decoroso hacia una concepción restringida de la política, constreñida a los espacios estatales, limitada a una suerte de árbitro garante de escenarios democráticos y a un impulso genérico a la socialización del poder económico y del poder político, nociones que requieren un tratamiento que las especifique teóricamente.

Dar respuesta a los problemas que planteará la apertura democrática implica saber ahora, qué fuentes de energía se utilizarán en un país arruinado; saber ahora qué tecnologías serán las más apropiadas para concebir formas de organización económica que requieran el uso intenso de mano de obra y sean a la vez, eficientes en la generación de alimentos; saber ahora si los recursos fundamentales del país se concentrarán en un gasto superfluo, absurdo en armamentos y en la mantención de un aparataje militar que drena energías vitales de la nación; saber ahora a través de qué mecanismos se estructurará la relación entre la sociedad civil, multifacética y en plena expansión y el Estado. Y por cierto, implica saber ahora, qué clases y qué sectores sociales pagarán los descabros ocasionados por los sucesivos "apretones de cinturón" y las virtudes mágicas de la regulación "automática" del mercado con sus secuelas de "costo y beneficio". Por supuesto, el ahora nos remite a un cierto nivel metafórico. Pero el punto consiste en subrayar la importancia de estos temas y la urgencia de que sean debatidos.

(1) Los seminarios de Chantilly y el proyecto "Redemocratización de la Sociedad Chilena" que coordina CETRAL, París, son expresiones de este inmenso esfuerzo creativo. Participan en él más de cien intelectuales chilenos de las más variadas disciplinas.

CRITICA DEL INDUSTRIALISMO: LA 'MIRADA ECOLOGICA'

¿Cómo se ve el estilo de desarrollo que ha cautivado a políticos y economistas en las últimas décadas en América Latina cuando se lo examina con 'mirada ecológica'? Han escapado los proyectos de la izquierda sustancialmente a las ideas de modernidad, progreso y desarrollo característicos del período?

Existe una literatura que ya es considerable sobre estos temas, incluso referidos a América Latina (1). Por lo tanto, sólo subrayaré aquí algunos aspectos gruesos del problema.

El estilo de desarrollo característicos intentado en América Latina, no descansa tan solo en la apropiación privada de los medios de producción y en la centralización en una minoría del usufructo de los excedentes que genera. Es un estilo de desarrollo que ha llevado a cabo un tipo de explotación de la tierra basado en el uso intensivo de capital, de tecnología importada y energía fósil. La modernización parcial del campo ha traído consigo un desplazamiento masivo de mano de obra hacia la ciudad. Se trata de una masa de gente que no encuentra tampoco posibilidades de empleo en las grandes concentraciones urbanas y que se agrupa en cinturones de miseria donde la cuestión ecológica deja de tener cualquier cariz exótico: contaminación del agua, distancia sideral de los lugares de trabajo, precariedad y hacinamiento de las viviendas; daño masivo a la salud. Por lo demás, también a los sectores populares afectan los problemas ecológicos que constituyen preocupación de los sectores pudientes: contaminación atmosférica, el ruido, la congestión del tráfico que hacen perder un tiempo que se roba al descanso. Con una diferencia sustancial: los sectores pudientes tienen acceso al excedente generado por la explotación de la naturaleza y del trabajo ajeno, lo que les permite rodearse -hasta ahora- de un medio ambiente artificial que perciben como favorable y grato o habitar sectores suburbanos donde estos problemas no se manifiestan con la misma gravedad.

El crecimiento de la agricultura latinoamericana se ha llevado a cabo con un costo grave: se ha producido la transformación y el deterioro de los ecosistemas que la modernización ha intervenido. Desde 1970 en adelante ha comenzado a tocar fondo la expansión de la frontera agrícola, expansión que permitía recurrir a la utilización de la fertilidad natural y en muchos casos, la producción acumulada de ecosistemas que no habían sido intervenidos en el proceso de la explotación agrícola. El último decenio muestra el agotamiento de las tierras de frontera de mejor calidad y esto lleva consigo una creciente

(1) Ver por ejemplo la serie de brillantes artículos contenidos en Sunkel y Gligo (ed.). *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina*. El Trimestre Económico, Fondo de Cultura Económica, México, 1981. También, de A. de la Barra, J. Rodríguez y F. Moreno, *Calidad de Vida*, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago de Chile 1980. El trabajo editorial de O. Sunkel y N. Gligo incluye una bibliografía muy completa sobre el tema.

artificialización de los ecosistemas, lo que es el resultado en buena medida del modelo dependiente de generación, adopción y difusión de tecnologías (1).

La rentabilidad, los criterios de ganancia y acumulación, apartan y excluyen cualquier consideración ecológica. Como se señala en uno de los trabajos recientes:

"... la modernización del campo penetró a través del modelo de generación, adopción y difusión tecnológico. Este modelo ha tratado de reproducir, sino totalmente, de manera importante el originario de los países industriales y particularmente en los Estados Unidos. Por ello el grado de artificialización en la América Latina ha sido con frecuencia excesivo. Las variedades y especie de la 'revolución verde', que en un comienzo mostraron resultados espectaculares, declinaron en sus rendimientos posteriormente, ya sea porque los nuevos suelos incorporados no tenían la alta fertilidad de los del inicio de esta innovación tecnológica, o sencillamente porque la semilla no se acompañaba del conjunto tecnológico necesario. El tractor y la maquinaria agrícola, símbolos del progreso y del adelanto tecnológico en el campo, se incrementaron en altas tasas. En los últimos 25 años, el acervo de tractores creció al 7% anual. Por otra parte, el uso de fertilizantes se incrementó a la impresionante tasa del 13,8%. Basta comparar estas tasas con el incremento de la población rural activa -aproximadamente el 1.6%- para apreciar la intensidad del proceso de capitalización y de innovación tecnológica agraria. El nivel de fertilización en la América Latina aún está muy por debajo del que caracteriza a los países desarrollados; pero el uso de plaguicidas ha sido excesivo, sobre todo en cultivos como el algodón y la caña de azúcar. Además la mecanización desplazadora de mano de obra, no se ha compadecido con la oferta de fuerza de trabajo. El desempleo equivalente de la agricultura latinoamericana se ha estimado entre un 20 y 40% de la población activa" (2).

En cuanto a la industria, esta se ha desarrollado, particularmente en los sectores petroquímico, automotriz, siderúrgico, de bienes duraderos y artículos electrónicos. Entretanto, los sectores tradicionales como textiles, calzado y alimentos que corresponden a las necesidades más acuciantes de la población, han quedado rezagados. Se expanden las empresas ligadas al sector transnacional, desplazando a las industrias locales medianas y pequeñas, fortaleciendo tendencias monopolísticas u oligopólicas e intensificando la importación de modelos culturales, hábitos de consumo y estilos de vida que son los que precisamente hacen crisis hoy en los países industriales más desarrollados (3). En esta forma de organización industrial se sustentan inclinaciones que requieren

(1) P. Judelt y J. Perrin, "A propos du transfert des technologies pour un programme intégré de développement industriel", en Sunkel y Gligo, op.cit.

(2) O. Sunkel, "La Interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina", en Sunkel y Gligo, op.cit.

(3) R. Prebish, "Biosfera y desarrollo", en Sunkel y Gligo, op.cit.

bienes de capital, materias primas, petróleo, productos semiterminados, tecnologías y marcas importadas. El crecimiento de estas empresas, su tecnología industrial y la estructura productiva, llevado a cabo en una concentración geográfica más acentuada aún que en los países desarrollados, y la ausencia completa de preocupación por los problemas del medio ambiente, están produciendo niveles de contaminación gravísima en las principales zonas industriales que son además las ciudades más pobladas:

"Las industrias más dinámicas del sector manufacturero se caracterizan por su alto grado de toxicidad. Entre sus residuos y desechos se cuentan por ejemplo: el mercurio, los materiales radioactivos, el plomo, el manganeso, el cromo, el cadmio, etc. que son todos elementos que destruyen directamente los componentes orgánicos del medio hídrico. Los tratamientos para eliminar o neutralizar estos efectos son, por su parte, más caros que para la contaminación orgánica..." (1).

El extracto de un artículo de prensa que reproducíamos con anterioridad al iniciar esta sección, pone de manifiesto la gravedad que estos problemas está presentando en Norte América. Si los informes secretos que recibe el gobierno de Reagan exigen cambios profundos para detener un proceso de contaminación ambiental con lluvias ácidas que puede terminar con la capacidad del territorio norteamericano para sostener la vida vegetal y acuática, y si se tiene en cuenta que la opinión pública en esos países está reaccionando con vigor, urge preguntarse ¿qué harán sus gobiernos con las industrias más tóxicas? Sabemos que estas son precisamente las del sector transnacional, el mismo que se ha venido expandiendo en América Latina. Teniendo en cuenta que es improbable que el gobierno de Estados Unidos entre a controlar y a reducir esas empresas -las que generan más ingreso- resulta obvio que la tendencia será a acentuar su traslado a América Latina y al Tercer Mundo... Si pronto no se desarrolla en estos países una opinión pública que resista... las consecuencias son fáciles de prever...

LOS TERMINOS DE UN NUEVO DESARROLLO: AUTOSUFICIENCIA Y AUTOGESTION

Los diagnósticos de la situación chilena no se apartan en lo sustancial de este cuadro. Más aún, el modelo económico ensayado y fracasado en Chile ha acentuado la importación del estilo de vida consumista a extremos desconocidos por nosotros y que tendrán con seguridad un impacto cultural de medir (2). La consideración de estos problemas obliga a pensar las estrategias de desarrollo de un modo nuevo. Por de pronto, sabemos que cualquier intento protagonizado por un gobierno democrático tendrá que arrancar de tres constataciones que surgen del estudio de la situación del país, que impone a su vez tres restricciones muy importantes: (3)

(1) Sunkel, art. cit., op. cit.

(2) Ver el excelente trabajo de J.J. Brunner, "Vida Cotidiana, Sociedad y Cultura, 1973-1980", Chantilly, 1982.

(3) R. Lagos, "Herencia neoliberal y estrategia económica", Revista "HOY", 8-14 junio, 1983.

- a) Una restricción grave de los recursos externos.
- b) Una disminución grave de la capacidad industrial.
- c) Una notoria descalificación de la mano de obra.

El correlato de las afirmaciones anteriores tendría que ser una perspectiva que enfatice la búsqueda de una máxima eficiencia de las escasas divisas extranjeras y más aún que acentúe la necesidad de la utilización mínima de los recursos externos (1). Enseguida, dado cuenta de la grave disminución de la capacidad industrial, surge la necesidad de un esfuerzo muy importante de inversión para poder aumentar los volúmenes de producción (2). Sin embargo, esta misma situación de "desindustrialización" abre la posibilidad de reorientar el proceso a través de las inversiones, en función de criterios ecológicos, es decir que den cuenta de las necesidades de la sociedad chilena y por ende, de las necesidades de protección de su medio ambiente natural. El tercer correlato de las afirmaciones anteriores se refiere a la descalificación de la mano de obra. Aquí resulta básico poder conocer un diagnóstico ajustado de la situación. Se sabe, en todo caso, que los últimos diez años han provocado una grave descalificación por "desuso" (3). Esto debiera implicar, la realización de un gran esfuerzo nacional que permita reorientar esa mano de obra -descalificada e indiferenciada- hacia faenas vinculadas a la solución de los problemas que más afectan a la población, en particular sus sectores más desposeídos, que reclaman y con razón, una política de pleno empleo. Se impone en nuestra opinión, una estrategia que favorezca la adquisición de habilidades que enfatizen la autosuficiencia y la cooperación antes que nada entre los grupos más necesitados. Surge de aquí -aunque parezca una paradoja- una posibilidad para desarrollar un tipo de redes organizacionales que protagonicen una experiencia cultural y política que signifique un extraordinario desarrollo de ciertos niveles de la sociedad civil y que tienda a popularizar un estilo de vida nuevo. Volveré más adelante sobre esto.

Como se ha señalado, la herencia que dejará el régimen neoliberal obligará a actuar combinadamente: a) En el ámbito de un régimen democrático que incorpore a todos los actores sociales, y en particular, a los más desposeídos, en un esfuerzo de planificación y participación. La necesidad emana del fracaso constatado del funcionamiento del mercado como asignador de recursos, que en el caso chileno dirigió ingresos obtenidos a través del endeudamiento externo, básicamente al consumo. Pero tal planificación sólo puede ser eficiente si se la lleva a cabo de un modo participativo, pues sólo así se impondrá por la vía compromiso-aceptación y sólo de ese modo tenderá a servir a la mayoría del país. b) La concentración desmesurada de la riqueza y del ingreso, plantea la necesidad de intentar desde el comienzo la modificación de la estructura económica que se heredará y que concentra en pocos grandes grupos, los resortes del poder material de la sociedad. Pareciera existir un consenso amplio entre las fuerza opositoras (4) en esta apreciación, lo que abre posibilidades reales

(1) R. Lagos, Art. cit.

(2) A. Pinto, "Consensos, disensos y conflictos en el espacio democrático popular", Chile América, N° 86-87, 1983. R. Lagos, Art. cit.

(3) R. Lagos, *ibid.*

(4) A. Pinto, Art. cit.

de que se pueda llevar a cabo con un alto grado de legitimidad y respaldo de la nación. c) Esto lleva a enfatizar lo urgente que resulta una estrategia que asigne recursos a la generación de productos que correspondan a las necesidades de los sectores afectados hoy día por un nivel de desempleo que compromete a un tercio de la población activa. Si estos sectores adquieren un ingreso aceptable será natural que sus demandas se dirijan hacia el área de alimentos, ropa, vivienda y servicios sociales. d) Todo ello llevará a que adquiera nuevamente actualidad el problema de la propiedad de los medios de producción. La concentración de activos que se hereda del régimen neoliberal, en condiciones de apertura democrática volverá a plantear este tema que se situó en el centro de las contradicciones de la sociedad chilena de los años setenta. Sin embargo, existe hoy en día más elaboración al respecto y surgen una serie de posibilidades de incrementar el control social sobre los medios de producción con criterios más ricos y con alternativas más variadas que las que se dibujaban en la antigua polémica propiedad estatal versus propiedad privada. Es posible construir un amplio y articulado bloque de fuerzas sociales y políticas que respalde la socialización de ciertos sectores claves de la economía y que aborde el problema combinando niveles de propiedad y niveles de gestión (1). En todo caso, aquí adquieren toda su centralidad la naturaleza del estado que intervendrá en la economía. A mí me parece que la posibilidad de construir un bloque de fuerzas sociales suficientemente vasto como para garantizar el funcionamiento de la economía, (lo que no excluye la existencia de conflictos en su interior), pasa por la descentralización del sistema político y la descentralización del sistema económico. La comuna, por ejemplo, podría ser el escenario más adecuado para la localización de formas políticas participativas en todos los asuntos que conciernen a la población, incluidos los problemas de funcionamiento de ciertas unidades económicas importantes, localizadas en el área de su jurisdicción. Es posible comprometer de un modo profundo a comunidades organizadas democráticamente, en la gestión (en algunos casos) y en la propiedad (en otros casos) o en ambos niveles, propiedad y gestión de tales unidades económicas, sobre todo si el excedente beneficia directamente a la comuna.

Pero una visión ecológica del desarrollo para Chile plantea todavía requisitos que van más allá de las consideraciones que anotábamos con anterioridad. El país tendrá que depender cada vez menos de las fuentes energéticas de origen fósil (el petróleo especialmente) y poner en movimiento un esfuerzo radical para aprender a utilizar otras fuentes de energía. Este no es tan solo un problema técnico: es antes que todo una tarea que requiere la imaginación y la movilización de comunidades que comprendiendo la necesidad, la significación y las potencialidades del esfuerzo y que, organizadas de un modo democrático, despliegan todo un inmenso abanico de posibilidades ignoradas en Chile hasta hoy (más allá de la experiencia de pequeños grupos). Hay que trasladar a Chile y enriquecer en Chile el conocimiento que hoy se tiene acerca de las posibilidades que brinda el uso de la energía solar (2), su simpleza y conveniencia y la forma como vastos sectores populares

(1) R. Lagos, Art. cit.: E.F. Schumacher, *Small is Beautiful*, Abacus, London 1974; M. Bookchin, *Towards an ecological society*, Black Rose Books, Montreal 1980; M. Bookchin, *The Ecology of Freedom*, 1983, California.

(2) J. Trenova, "Perspectivas de la energía solar como sucedánea del petróleo en la América Latina hasta el año 2000", en Sunkel y Gligo, op.cit.

pueden calefaccionar sus casas con elementos verdaderamente simples (hay por lo demás grupos en Chile que trabajan en la popularización de sistemas de calefacción solar que requieren cosas tan simples como botellas de plástico y tejas hechas con lata de tarros). Urge una revalorización del conocimiento empírico tradicional de los chilenos, y de los pueblos indígenas de América Latina muchas de cuyas culturas han sido extraordinariamente eficientes en su relación con la naturaleza y en la solución de los problemas de su existencia material (y no sólo material).

La principal implicancia que traería consigo la generación y generalización del uso de estas tecnologías, es que ellas ponen en movimiento un tipo de vivencias e ideas que enfatizan el desarrollo de una aptitud de autonomía y AUTOSUFICIENCIA. Es decir requieren la organización y puesta en tensión de las energías y la creatividad de pobladores, campesinos, gente joven y trabajadores en general en torno a la solución de sus problemas más urgentes. Requiere que la base social se estructure de un modo cooperativo, no autoritario. Su efecto principal es expandir una cultura de la autosuficiencia, de la autonomía, única base que permite el desarrollo de actitudes de cooperación y no de competencia. Estas prácticas nunca fueron fomentadas en serio puesto que la política chilena se movía en un eje que iba desde la negligencia total por los problemas de la gente humilde hasta la exigencia al estado visualizado como el proveedor único para los desposeídos. Otra expresión de la estatolatría que se derivaba de las concepciones de la política obsesionada por el poder del estado...

La política puramente agitativa -a la espera de la conquista del poder del estado- no podría ser un buen terreno para comprender que la organización de la base social en torno a la solución de sus problemas, con la vocación de solucionarlos de manera autónoma, es un hecho revolucionador en sí mismo. Estas prácticas son las que abren camino al desarrollo y utilización de tecnologías que requieren uso mucho más intensivo de mano de obra y más ajustadas a la base de recursos naturales con que se cuenta (y que por ello generan trabajo y ahorran energía). En esto, el conocimiento acumulado permite desplegar una acción simultánea que se presenta como práctica solucionadora y transformadora: hoy por hoy, usando un conocimiento sencillo se puede transformar los basurales de las poblaciones callampas y los escrementos, en depósitos generadores de gas metano suficiente para iluminar y calefaccionar una población entera, reciclando sustancias cuyo destino es un problema insoluble y que produce niveles graves de contaminación. También es posible usar los mismos basurales y los espacios de tierra en que está enclavada la población para realizar "cultivos en bandeja", jardines "intensivos" o "jardines de techo" para obtener una cantidad importante de verduras y frutas frescas para el consumo de los pobladores.

En las condiciones del Chile que se heredaría de la dictadura la búsqueda de alternativas tecnológicas del tipo que describimos, las llamadas tecnologías "apropiadas" o "intermedias", y más en general, las soluciones ecológicas debieran ser objeto de preocupación primordial.

En seguida, la utilización de tecnologías

intensivas en el uso de mano de obra en el campo, abriría oportunidades de trabajo (y de vida sana y tranquila) que estimularían un proceso migratorio ciudad-campo de enorme importancia para detener el flujo de marginalizados del campo que se dirigen a las ciudades con la ilusión de un empleo que no existe. Reinvertir la dirección de los movimientos migratorios es la única posibilidad de repensar la organización, el tamaño y el funcionamiento de las ciudades en términos ecológicos (e impedir que Santiago, por ejemplo continúe su proceso inexorable de asfixia colectiva o que el valle central, donde hay tierras de muy alta calidad y un clima excelente, continúe siendo devorado y desvastado por serpientes y caracoles de cemento...). Por supuesto, poner este tipo de iniciativas en movimiento supone alterar una estructura de tenencia de la tierra de carácter concentrado, precisamente para abrir a los campesinos y potenciales campesinos, la posibilidad de empleo y alimentación en el campo.

La visión ecológica supone además replantearse el tipo de cultivo que se realiza en el campo: es menester desplegar el énfasis que actualmente está centrado en la producción para la exportación -énfasis motivado por la lógica de la acumulación y la ganancia- hacia la producción de alimentos. Esto supone una utilización más diversificada de la tierra, que combine cultivos diversos que preserven la fertilidad de la tierra y el equilibrio ecológico. Esta es una lógica opuesta a la de las grandes plantaciones de monocultivo que requieren -para mantener la fertilidad de la tierra- el uso intensivo de pesticidas y fertilizantes toda vez que el monocultivo, al alterar el balance natural, hace a las plantaciones vulnerables a todo tipo de plagas que son más bien raras en un ecosistema balanceado. Esta racionalidad conduce por cierto a pensar la mecanización agrícola a partir de dos límites: el no desplazamiento masivo de mano de obra y la preservación del equilibrio del ecosistema.

A su vez, enfatizar la producción de alimentos, supone cuestionar uno de los pilares que hace posible el consumismo: una economía que enfatiza las necesidades vitales de su población no pueden dedicar sus principales esfuerzos a la producción para la exportación, determinanda por los movimientos del mercado y no por las necesidades de la gente. De ahí se sigue que la utilización de las divisas no puede ser dirigida a las importaciones suntuarias sino a las inversiones productivas y a la obtención de productos indispensables que no se producen en el país.

La perspectiva ecológica supone además, que la solución de los problemas de la vivienda se concibe a partir de los recursos y materiales con los que se cuenta: por lo demás ello no sería sino dar cuenta de cambios profundos que se abren camino entre las tendencias más avanzadas de la arquitectura moderna, donde el estilo impuesto por las transnacionales (grandes concentraciones urbanas de acero, plástico y cemento) está en crisis por su dependencia de energía y materiales importados. Surge toda una revalorización del uso de materiales y diseños tradicionales locales, apropiados a las características climáticas y a los estilos de socialización, como asimismo, de los conocimientos y capacidades tradicionales de la población en materia de construcciones. Para decirlo en otras palabras: un proceso de descentralización de la población haría posible volver a

valorizar las virtudes de la vivienda de adobe, con huerto y parrón, horno de barro y pan amasado... pero ahora con calefacción e iluminación de energía solar. Por lo demás muchos arquitectos han llegado a la conclusión de que tales viviendas tienen virtudes en términos de aislamiento (preservación y ahorro de energía), duración y socialización, que un edificio de paneles, cuadrado y prefabricado no puede sustituir. Esto, sin mencionar criterios estéticos...

La visión ecológica plantea como tarea indispensable la configuración de una base social organizada para asegurar el reciclaje y el aprovechamiento de los desechos y desperdicios. Esto en sí mismo es un golpe a la cultura consumista. Pone en la cabeza de la gente un tipo de racionalidad que conduce al rechazo del "modo de destrucción capitalista". Ya hemos mencionado algunos ejemplos de lo que en materia de usos de basuras se puede lograr. Se trata de tareas simplísimas, tan simples como separar en bolsas distintas las basuras orgánicas reciclables de las que no lo son y luego depositarlas en lugares próximos designados para tal efecto. En Canadá donde frente a la mayoría consumista se va constituyendo una importante sensibilidad ecológica, quienes practican estas acciones han ahorrado al estado millones de dólares en energía. En mi barrio, la gente practica todos los sábados los llamados "garage sales" donde se vende todo lo que la gente no usa, desde libros hasta ropa, utensilios, muebles, artefactos, etc. a un precio insignificante. Cientos de personas -no sólo desposeídas pero perfectamente afluentes- compran buena parte de lo que necesitan y ahorran altas sumas. Más importante aún, cada vez que se compra un garage-sale, se da un pequeño golpe a las especulaciones de los comerciantes y se reafirma una práctica que resiste una cultura que glorifica lo "desechable".

ECOLOGISMO Y DEMOCRACIA

No escapará al lector la relación insoluble que se establece entre un régimen democrático y la práctica de este tipo de iniciativas o las que mencionábamos con anterioridad. La solución ecológica de los problemas del trabajo y la alimentación de la población, de la vivienda aislada y calefaccionada, de su salud asumida también como responsabilidad comunitaria, requieren de escenarios políticos que en primer lugar hagan posible una intensa socialización: para manifestarse es indispensable la constitución del espacio público que los regímenes autoritarios destruyen por definición. No sólo se requiere de libertad de asociación, reunión, discusión. Es indispensable una circulación óptima de información y acceso a las fuentes sistematizadoras de conocimiento. Se requiere la posibilidad de mostrar y comunicar sin censura las experiencias que se llevan a cabo. Es decir, a la vez, es indispensable que la investigación científica y la investigación-acción se lleve a cabo libremente y con apoyos materiales que no la aten a la suerte de las corporaciones.

En definitiva, lo principal es la construcción de redes de organización y comunicación que vayan secretando una cultura diferente. La implicancia de esta afirmación es que, en condiciones democráticas, debiéramos evaluar las prácticas -en términos de su

capacidad transformadora- no tanto por el grado de intervención estatal que provoca o en términos de las posiciones estatales que se conquistan, sino más bien por el grado de movilización, organización y solidaridad que tal o cual acción implica: construir un colectivo humano que enfatiza una práctica de autosuficiencia, autonomía y cooperación, una red de permanencia y encuentro vale tanto o más que una huelga o que un aumento salarial, porque implica la constitución de sujetos sociales portadores de una crítica profunda del orden capitalista: el resultado será siempre un paso más en valorar más bien el "ser" que el "tener"...

Una práctica ecologista reclama además un sistema político descentralizado, donde exista contacto real entre la gente, lo que no excluye la necesidad de contar con canales eficaces hacia manifestaciones estatales nacionales. Esto es muy importante, porque lo que impide en muchos países que el planteo ecologista se generalice, es la marginalidad muchas veces auto-impuesta que la contra-cultura, conciente o inconciente acepta, al renunciar a una acción "política" en el sentido de su articulación con el Estado. El mérito principal que en este sentido ha tenido el Partido Verde de Alemania Federal, ha sido su capacidad de representar ante el estado a la cultura alternativa que ha ido germinando en ese país, y no aceptar ser arrinconado en una práctica que se retraiga simplemente a algunos pliegues de la sociedad civil (incidentalmente vale la pena anotar que es toda una esperanza el que el 38% de la juventud alemana le diera su voto...). Actuar en las instancias del sistema político nacional, pero enfatizando la necesidad de la descentralización del régimen político a nivel comunal. La municipalidad debiera transformarse en el terreno privilegiado de la política, para lo cual debiera estar dotada de recursos y de poder para recibir en ella la práctica de una cultura de la autogestión y la autosuficiencia. Descentralizar no excluye por supuesto, la existencia de órganos nacionales de mediación y negociación, representativos de las tendencias reales que se dan en la sociedad civil. Pero el énfasis debe estar en la organización política local.

Descentralizar y socializar el poder político para democratizar el país supone socializar también otros niveles donde se cristaliza y se concentra poder, al punto de -si se mantienen intocados- vacían de contenido la socialización del poder político. La crítica teórica de la democracia ha avanzado suficiente ya como para entender que "un hombre-un voto" o la "igualdad de todos ante la ley" -siendo vital, debiendo defendérsela intrasigentemente- son conceptos que quedan mediatizados y oscurecidos ante el hecho de que el poder económico y el control y acceso a la información y a los medios que la difunden continúan centralizados en pocas manos. Es decir, llevar a cabo la solución ecológica de los problemas de la sociedad implica plantearse una perspectiva que socialice y devuelva a la sociedad civil, los resortes reales del poder. Esto implica proponerse la descentralización geográfica de las grandes entidades productivas y el acceso para la población de las localidades -a las comunas para ser más preciso- de la propiedad y/o gestión total o parcial -dependiendo de la entidad en cuestión-. Ello no excluye la necesidad de ciertos órganos de mediación, negociación y planificación más centrales (a los que se debe acceder a través de mecanismos democráticos y que deben preservar la representación de las tendencias reales de la sociedad civil).

Creo que otro tanto debiera ocurrir con los medios de comunicación de masas. La perspectiva que me parece más fructífera es salir del clásico eje del debate "control privado versus control estatal" de los medios de comunicación. Me parece que hay más posibilidades de establecer una práctica comunicativa (es decir superación de la relación vertical y autoritaria emisor-receptor pasivo) si el control sobre los medios de comunicación se establece a partir de formas de autogestión social comunal, regional o nacional (dependiendo del medio) sobre los medios de comunicación. La autogestión en el nivel comunal debiera ser antes que todo, tarea de los trabajadores de la unidad comunicativa (periódico, radio, canal de TV) puesto que son ellos los que garantizan su funcionamiento y su excelencia técnica (al menos, así debiera ser). Pero la autogestión debiera incluir mecanismos de representación de la población de la comuna y sistemas de "feed-back" que hagan responsable a la unidad comunicativa frente a su comunidad. Lo mismo sería básicamente válido para unidades comunicativas de nivel regional o nacional, (con representación elegida y representación de grupos de interés). Todo lo cual no excluye que sociedades científicas y agrupaciones culturales así como corrientes de opinión, puedan animar medios de comunicación en los que invariablemente debiera mantenerse el principio de la autogestión, aunque variaran sus formas.

Criterios semejantes aunque ciertamente con calificaciones pueden extenderse al ejercicio de la justicia (los ciudadanos americanos, por ejemplo que son nominados por sorteo para participar en juicios, mantienen un record interesante de equidad).

Finalmente, una comunidad así constituida, que articula una red rica de relaciones humanas, bien podría asumir la responsabilidad de determinar las formas como se garantiza el orden y el cumplimiento de las normas que la comunidad se da y acepta.

LA POLITICA COMO ESPERANZA

Estas propuestas tienen un claro sesgo utopista. Pues bien, de eso se trata: la acción política entendida como esperanza en la posibilidad de que la voluntad humana sea eficaz en influir el curso de su vida. Tal acción carece de sentido si no está motivada por las fantasmas y los sueños de esa voluntad colectiva. La política sin sueños, sin esperanzas no es sino accionar de corto aliento, juego de poder y prestigio mezquino. Lo utópico no tiene porque ser entendido como "irrealizable" aunque la vida defina los límites de lo posible y lo deseable. Pensar en utopías relevantes tampoco excluye la necesidad de pensar en los medios para obtener los fines. Pero una cosa es aceptar la necesidad de un determinado plan, de un cierto cálculo que defina el accionar político movlizado por la utopía y otra cosa es aceptar la tradicional dicotomía característica de la vida política chilena (y no sólo chilena) escindida entre medios y fines. La política como esperanza y como sueño colectivo la fusión de medios y fines, es decir, se transforma en tarea de hoy. En este sentido creo que el movimiento lo es todo y las metas nada... más que el

movimiento mismo. En esto no hay por cierto nada nuevo: tan solo se reclama que la prédica... sea la práctica. No se puede seguir propiciando el paraíso igualitario y democrático y a la vez llevar a la práctica para su consecución... un accionar político autoritario.

La comprensión de que la sociedad está cruzada por relaciones de fuerza; de que la condición de su posibilidad es una constelación de fuerzas ha alimentado hasta ahora en la vida política chilena la ilusión de que la victoria total de unos sobre otros crearía una armonía carente de contradicciones: o bien el mercado regularía esta armonía con su funcionamiento automático o la historia, con su movimiento inexorable, conduciría a la libertad y la igualdad de la sociedad sin clases. Ambos extremos se reclamaron de un conocimiento científico que explicaría las cosas con independencia de la voluntad humana. Entre ellos quedó atrapada en un accionar de corto aliento, la política sin sueños del centro del espectro.

A mí me gustaría mucho por supuesto "acumular suficientes fuerzas" en la sociedad chilena para un día aplicar el programa de la utopía. Es decir puedo aspirar a que ciertas ideas se popularicen... se hagan dirección intelectual y moral en la sociedad chilena. Sin embargo, nunca una visión del mundo se abre camino depurada. El movimiento que es el camino que se transita está lleno de sugerencias enriquecedoras, de atajos no previstos. Es preciso admitir que nunca será posible suprimir los atajos, que nunca habrá una voluntad humana que conquiste la esperanza así entendida. No habrá -ni aún dejando que los bienes materiales corran a raudales- ese hombre que se hartó de creación y realización o que conquistó su plena satisfacción como consumidor. Hay otra manera de mirar estos problemas: admitir que el hombre está confrontado a misterios y a un invisible infinito. Los nuevos conocimientos y la aparente visibilidad generarán otros misterios y otros infinitos. El intento de su consecución llevará siempre implícito una situación de búsqueda. Y esta búsqueda cristalizada en la infinitud de la pregunta humana. Cada respuesta representa una línea de fuerza y su encuentro, una situación de conflicto, una relación de fuerzas. Frente a esto es menester admitir que cada respuesta ha de tener su propio espacio, mayor o menor, según el consenso frágil y transitorio que se anude en su torno.

Por lo tanto, lo único realista es admitir que el paraíso, si existe, está surcado de contradicciones, de relaciones de fuerza. Si no se admite esto, si se piensa en un paraíso de armonía perfecta en la tierra todo lo que se hará... será postergarlo hasta mañana. Esa postergación lo remitirá a su vez, para pasado mañana... El paraíso, en verdad, hay que empezar a construirlo hoy día. No se puede aspirar a una sociedad libre de explotadores y a la vez, ser explotador. No se puede aspirar a vivir en armonía con la naturaleza mañana: la armonía debe restituirse desde hoy. No se puede aspirar a la liberación de la mujer no asumiendo desde hoy una relación igualitaria con ella -como en el caso de cierto feminismo- reclamando para la mujer los roles del hombre, buscando la sustitución de la sociedad patriarcal por una sociedad matriarcal. La igualdad con la mujer hay que practicarla desde hoy. No se puede aspirar a una sociedad de hombres libres para mañana y ser autoritario hoy con los

niños, de los que se piensa que sólo dicen "hiñerías".

Hay pues una transformación necesaria a nivel personal para hoy. Cada cual encuentra su camino. Pero la tarea de hoy tiene un sentido preciso: para que esta transformación se pueda medir con la vida, hay que someterla a la prueba de fuego de las relaciones con los otros. Y habría que admitir que en esto, la política no las tiene todas consigo y que ésta "no lo es todo" (por lo que cualquier organización democrática de la sociedad debe reconocer que no todos están interesados en la política, que no es ella necesariamente lo más importante para todos. Y que para ellos, la democracia participativa es un peso enorme que sólo se puede resolver con formas de representación. De allí que la verdadera democracia deberá ser participativa y a la vez, representativa).

De allí que la construcción del paraíso -ecodemosocialista- deba comenzar por adquirir la forma de una cultura alternativa, que viva como *prédica* y que sea capaz de generar un efecto de demostración tal que se presente a los ojos de la sociedad como alternativa: como una alternativa que nace y crece en los frágiles espacios de la esperanza y que se presenta como alternativa a la espiral de la locura.

Plantearse el paraíso ecodemosocialista o como a mí me gusta llamarlo, "la amistadía del hermandado" o "la hermandadía del amistadado" -o como quiera que se llame- supone asumir la primera y más fundamental de las realidades que tenemos delante de nuestras narices: este planeta con todos sus pasajeros está al borde del abismo (o ya en el abismo mismo).

El problema principal de hoy por desgracia no es el colapso (tan esperado) del capitalismo: el problema principal de hoy es el colapso de este planeta vía colapso ecológico o vía colapso nuclear. Las evidencias son demasiado convincentes y aterradoras como para que sea necesario documentarlas aquí. La literatura al respecto es abundante.

Entre tanto la humanidad continúa -poniendo en juego un fascinante mecanismo psicológico- pensando en que víctimas serán el vecino y los demás pero nunca uno mismo. Es esa lógica la que permite en América Latina considerar los problemas ecológicos o el problema de la carrera armamentista y la convocatoria pacifista como "exotismos" propios de los países industrializados.

LA POSIBILIDAD DEL PACIFISMO

Quiero terminar con una reflexión que requeriría más elaboración:

Creo que para que la izquierda chilena pueda ser verdaderamente una fuerza constructora de paraíso, una fuerza transformadora de la vida, una fuerza de la esperanza, necesitaría asumir una posición radicalmente pacifista. Pero... ¿No será una locura proponer una

perspectiva pacifista en un ámbito atravesado por contradicciones sociales antagónicas? ¿No es acaso evidente que la gloriosa revolución nicaraguense está siendo objeto de la violencia reaccionaria y que es justo, que responda con la violencia revolucionaria? ¿Acaso la experiencia de Chile no nos enseña que las clases dominantes nunca entregan el poder y sus privilegios voluntariamente y que son capaces de borrar con el codo lo que antes adoraron cuando la democracia se volvió subversiva? Las respuestas de siempre serían un sí rotundo... sobre todo si se le examina en su contexto: la espiral de la locura. A la violencia -uno del primero, oponer la violencia- dos del segundo: así se va abrazados al abismo en este mundo de hoy.

Pero ¿existe la posibilidad de iniciar por algunaparte, en algún sitio, la espiral de la esperanza? Creo que al menos debería valer la pena intentarlo.

Si la fantasía de los hombres encierra el conflicto, bueno sería admitir que la fantasía de este ser social se manifiesta en una matriz, en un ámbito de afirmaciones y sanciones que establece los límites de lo bueno, lo deseable, lo posible. Esta matriz se estructura en torno a las ideas que el hombre se hace respecto de su existencia, que es siempre una existencia social. Las relaciones de fuerza provocan las aperturas y cierres de esta matriz. En seguida, si se reconoce que la sociedad humana estará siempre surcada por relaciones de fuerza, pareciera lo más realista no seguir viviendo con la ilusión de que la fuerza del otro puede ser aplastada y derrotada de un modo definitivo. La fuerza aplastada y derrotada siempre cobra de una u otra manera su revancha, reapareciendo siempre de mil maneras, vestida de diez mil colores. De allí que la única posibilidad de iniciar la espiral de la esperanza pasa por la realización de gestos unilaterales. Gestos unilaterales que desarmen -literalmente- adversarios, no porque supriman los conflictos sino por proveerlos de contextos diferentes. Gesto unilateral fue el de Gandhi que desarmó con la resistencia pacífica de su pueblo -resistencia cultural antes que todo- al gobierno y al ejército inglés, creó una inmensa ola de solidaridad desde el pueblo británico (creó una matriz de afirmaciones) y terminó por amarrar las manos al colonialismo (disminución de la matriz de sanciones).

Desarmar al adversario resistiéndolo (oponiendo fuerza pero no violencia) pacíficamente: reconocimiento del conflicto pero creación de un nuevo contexto. El pacifismo por sí solo por cierto no basta: se requiere construir una fuerza política aglutinadora del consenso mayoritario sin el cual el gesto pacífico no logra abrir paso. Una postura pacifista puede asumirse desde una opción moral y ética o desde una actitud instrumental que permita pensarla como estrategia y táctica más apropiada. Sólo la primera opción puede asumir en plena consecuencia el pacifismo, entender su fuerza transformadora.

Todo esto se dice en un momento concreto de la historia: el momento del empate de las fuerzas de la locura, momento en que los interlocutores están sentados a la mesa de la conversación cada uno apoyando el cañón de su revólver atómico en la sien del otro. Entretanto, una masa multitudinaria de marabuntas -multitud solitaria- devora

las sillas y la mesa, sus dientes son afilados y sus toxinas, mortalmente eficaces.

Así, hay posibilidades más que reales de que se reproduzcan -esta vez de un modo más ampliado, perfeccionado y moderno -experiencias de prácticas "humanas" que culminaron con la desaparición de sociedades enteras que no supieron detener la espiral de la locura bélica o que no supieron entenderse con la naturaleza. Y esto ocurrió antes de que el ser humano adquiriera su capacidad destructiva presente. Es cierto que los pueblos oprimidos tienen el derecho a la rebelión y también es cierto que su derecho a utilizar todas las formas de lucha puede ser sustentado moralmente. Pero también los pueblos tienen el derecho a no utilizar ese derecho. Sobre todo si comprenden que su sabiduría puede desarticular los mecanismos más finos y complejos de la bomba de tiempo que pende sobre sus cabezas.

Quisiera usar a título de ejemplo el caso más polémico: Nicaragua.

¿Qué duda hay de que el pueblo nicaraguense tiene el derecho de estar armado hasta los dientes? ¿Qué duda cabe de que fue justa su lucha y su insurrección contra Somoza? ¿Qué duda hay que el gobierno sandinista tiene derecho a movilizar a su pueblo para atajar la cínica agresión que Reagan dirige en su contra...?

Pero...hagamos un instante de política ficción. ¿Qué ocurriría si en medio de la crisis, el gobierno revolucionario de Nicaragua convocara a una conferencia de prensa y se asegurara la presencia de los principales periódicos del mundo, representaciones parlamentarias de Norteamérica y Europa, delegación de la ONU y... anunciará que en digamos... tres meses más... Nicaragua disolverá sus fuerzas armadas y las reducirá a un simple puñado de divisiones encargadas del orden interno y al mismo tiempo solicita una fuerza -balanceada- de la ONU que garantice sus fronteras? Anuncia además un referendun democrático para que el pueblo de Nicaragua apoye la gestión y se pronuncie acerca del gobierno sandinista...

Quienes vivimos en Norteamérica sabemos de la fuerza de este tipo de iniciativas. Sabemos de los titulares de primera plana que inundarían los periódicos, de la reacción que habría en el Congreso, en las Universidades, de la actitud que asumirían las iglesias, los sindicatos, la gente joven. Habría contradicciones entre Reagan y sus asesores; entre la CIA y el Pentágono; entre las embajadas americanas y la Casa Blanca; habría presiones en la ONU, en la OTAN. Sabemos que se iniciaría una espiral de esperanza iniciado por un gobierno revolucionario de pueblo pobre... que podría terminar por amarrar las manos de Reagan y de sus aliados en Centroamérica. Requeriría por supuesto de una actitud política a la ofensiva del gobierno de Nicaragua, exigiría una campaña mundial de solidaridad... Se diría que estamos pidiendo a la víctima de la agresión que asuma la iniciativa pacifista, y habrá por cierto justicia en la crítica. Pero ¿no son acaso precisamente las víctimas las que sufren? ¿No se dibuja en el horizonte de Nicaragua un futuro brumoso? No tengo dudas de la resolución del pueblo

nicaraguense para defender su soberanía nacional aún al precio de la muerte: pero el precio es ese, la muerte. Tampoco tengo dudas de que está hastiado de sangre y de violencia... que tuvo suficiente con la guerra de liberación... y que apoyaría resueltamente a su gobierno, particularmente en tales circunstancias. Es bueno además pensar por un instante, en qué tipo de dinámica internacional se generaría: en la ONU, en el Movimiento de Países No Alineados. Y aún más... en Centroamérica.

No creo por desgracia que este tipo de propuestas pueda abrirse paso. Supongo que hay demasiado realismo político como para que fantasías de este tipo lleguen siquiera a ser consideradas.

Deseaba enfatizar en todo caso, las potencialidades de los gestos unilaterales.

LA DESMILITARIZACION: UNA POSIBILIDAD PARA CHILE

Chile tiene por delante la tarea principal de ofrecer paz, democracia, alimentación, trabajo, educación y vivienda a su pueblo. Es inevitable que el país se plantee como aspiración, un congelamiento de su gasto militar y un proceso de reducción del peso de la defensa nacional en el presupuesto de la nación. Reconozco las dificultades que tiene abrir discusión sobre estos temas, particularmente en las condiciones de hoy. Constató a la vez, la fuerza, la amplitud y la eficacia de las luchas pacíficas de los últimos meses. Hay una fuerza pacifista profunda arraigada en el cuerpo de Chile. Hay cansancio de violencia y represión. Me atrevería a sostener que el pueblo de Chile estaría por un proceso de reducción de armamentos y gasto militar, por una redefinición del concepto de seguridad nacional. Sin revanchismo, sin odio, pero partiendo de su experiencia y de sus necesidades vitales. Bueno sería preguntárselo. Es su derecho reflexionar colectivamente sobre estos problemas.

Por supuesto nadie se olvida y yo tampoco, de las grandes teorizaciones de los clásicos de la sociología y la ciencia política y de todo cuanto se ha dicho acerca de la necesidad de que un estado cuente con la posibilidad de la amenaza de la fuerza (ejercida por autoridades legítimas) para garantizar el respeto a las normas del estado de derecho. Pero las colectividades humanas pueden dotarse de muchos mecanismos para legitimar y hacer respetar las normas que sustentan su organización social. En el tiempo largo, ni las normas reguladoras ni los mecanismos que le dan soporte tienen por qué permanecer inmutables.

La norma más sólidamente establecida y la más respetada no es, en todo caso, la más represiva, sino la más aceptada y compartida. Mientras más eficaces son los mecanismos de legitimación de una norma, mientras más expresan una aceptación intelectual y moral, más profundo y estable el orden que regulan. La norma que se sustenta en la represión, cualquiera sea su grado, expresa siempre una

relación de dominación-subordinación. Como resulta evidente, estoy estableciendo una diferencia conceptual entre fuerza y represión: la primera se sitúa en el ámbito de la hegemonía (fuerza resultante de liderazgo intelectual y moral con un mínimo de amenaza represiva). La segunda se sitúa en el ámbito de la dominación (fuerza resultante del ejercicio de la violencia, con un mínimo de dirección intelectual y moral).

Si esto se acepta, entonces el tema principal no será ya la calidad y la cantidad de los aparatos de represión sino la calidad y eficacia de los mecanismos de socialización, los aparatos de hegemonía.

La subversión antidemocrática se abre paso sólo donde un consenso amplio que sustenta un orden determinado y las modalidades que se da para canalizar sus conflictos, se destruye. Llega entonces la hora de la represión y la dominación.

En Chile el tema de la desmilitarización adquiere importancia por varias razones. En primer lugar, porque después de diez años de gobierno militar ha quedado claro que la represión (que se acompañó de complejos procesos de disciplinamiento de la sociedad) no pudo establecer el orden que prometió (ni siquiera el orden de los sectores dominantes). En segundo lugar, porque el gasto militar ha llegado en Chile a niveles siderales que de ningún modo se justifican en un país cuya primera tarea es alimentar y dar trabajo a su pueblo. La justificación invocada para efectuar tal gasto (asegurar el orden interno y garantizar la seguridad nacional) son precisamente las dos tareas que el régimen militar no pudo ni podría resolver: no hay orden interno en un país quebrado, endeudado como el que más, desmantelado en su infraestructura material y con un pueblo azotado por la miseria. Tampoco hay seguridad nacional en un país cuyo medio ambiente ha sido afectado a extremos que no se conocían (baste mencionar la deforestación masiva del sur de Chile, el aire irrespirable de Santiago -que por cierto no sólo es obra de este gobierno- y las condiciones sanitarias insostenibles en que vive la población más pobre, que es a la vez la más expuesta a la contaminación, agravado todo esto por el desmantelamiento de los sistemas de salud pública). No hay seguridad nacional con un régimen que no puede mostrar ningún éxito ni avance importante en el establecimiento de fronteras seguras para el país y que mantiene vigente -aunque no sea por su sola responsabilidad- los conflictos con los países vecinos. El gobierno militar ha contado con las fuerzas armadas más numerosas, profesionalizadas y sofisticadamente equipadas que jamás conociera la historia del país. Y, sin embargo, nunca antes la seguridad nacional estuvo en un nivel más bajo. Surge de aquí un eje analítico para examinar la seguridad nacional. Hay ejemplos a la vista: Yugoslavia (país no alineado y con bajo gasto militar comparado con otros estados socialistas y que mantiene un régimen político más participativo) goza de mayor seguridad nacional que otros países socialistas de Europa Oriental. Costa Rica y México, con un gasto militar inferior a los países del Cono Sur -a pesar de la explosiva situación centroamericana- gozan de más seguridad que los países del sur.

Es cierto que la situación de cada uno de estos países es resultado de una cierta historia, pero es una historia

donde interviene la voluntad de los hombres. Su neutralismo o su no alineamiento y su gasto militar reducido se produjo en el marco de una determinada constelación de fuerzas militares, políticas, económicas y sociales que se reprodujeron en un ámbito de afirmaciones y sanciones que lo hicieron posible: en sus intersticios cristalizó un trozo de esperanza, más allá de las reservas que cada uno de estos países nos merece. Estos se ubican probablemente en la primera curva de la espiral de la esperanza. Su posturas es frágil y es posible que retrocedan a situaciones de rearme y alineamiento. Pero también es posible que un nuevo ámbito internacional que afloje las afirmaciones y sanciones haga posible nuevos avances...

Por supuesto, el que un pueblo se pronuncie soberanamente, digamos en un referendum acerca de la posibilidad de una disminución unilateral del gasto militar y por el congelamiento de sus niveles de armamento, y el que un gobierno democrático que reúna suficiente consenso en su torno, la lleve a cabo, son acciones que modifican la matriz de afirmaciones y sanciones y eventualmente puede generar una dinámica regional o continental que permita nuevos avances en la espiral de la esperanza. Más aún, si el régimen democrático en cuestión va más lejos y formula propuestas respecto de conflictos fronterizos pendientes, que recojan hasta donde sea posible las aspiraciones de los vecinos (y en una perspectiva pacifista las variantes de solución son mucho más ricas que las hasta ahora imaginadas), ¿no resultaría razonable pensar que se avanzaría mucho más en el establecimiento de fronteras seguras?

Un destacado y brillante intelectual argentino -muy respetado por todos nosotros- me planteó hace poco tiempo un proyecto ambicioso: estudiemos con un grupo interdisciplinario de todos los países del Cono Sur, la viabilidad que tendría un proceso de integración regional político y económico de nuestros países -una suerte de Confederación del Cono Sur- organizada con un régimen político muy descentralizado y que se planteara de un modo nuevo su visión del desarrollo. ¿No se abriría en esas condiciones una solución de otra naturaleza para nuestros problemas fronterizos? ¿No mostrarían los confederados una situación muy distinta para negociar su deuda externa? ¿No se crearía acaso una situación de nuevo tipo en materia de abastecimientos en una región que tiene literalmente de todo? Nadie está planteando esto como tarea para el día siguiente de la vuelta de la democracia en Chile, ni tampoco antes de estudiar seriamente la alternativa. Pero, ¿estaría la izquierda renovadora dispuesta eventualmente a inscribir una tarea así en su horizonte? ¿Acaso una administración conjunta de una parte del territorio nortino de Chile, que diera salida al mar a Bolivia y que garantice ciertos derechos al Perú, acompañado de pasos parecidos en el caso de la Argentina y de un accionar conjunto en la renegociación de la deuda externa, con vocación de integración regional, ¿no generaría una dinámica que fortalecería mil veces la seguridad nacional de estos países?

¿Qué ocurriría si un referendum simultáneo en todos estos países, que fuese la culminación de un gran debate aprobara la iniciación de pasos sustantivos en estas direcciones? En un contexto de esta naturaleza, el tema de la desmilitarización de nuestros países adquiriría toda su dimensión. Y cuando hablamos de desmilitarización no nos estamos refiriendo sólo a las fuerzas armadas.

Una de las razones que lleva a que algunas organizaciones revolucionarias se planteen la preparación técnica-militar de sus cuadros y militantes es que constatan que el orden de una sociedad clasista es siempre un orden cimentado en la violencia (no sólo en esta pero ella es siempre una componente presente). Su accionar y su reflexión viene dictado por experiencias que se repiten sin cesar en la historia: la violencia revolucionaria es siempre respuesta a una violencia reaccionaria (violencia no sólo militar, sino también violencia institucionalizada en un sistema injusto). Pero es un razonamiento que es parte de la espiral de la locura.

¿Qué dirían los estudiantes, los obreros, los campesinos los pobres del Cono Sur si se les preguntara acerca de esto? ¿Qué dirían las iglesias?

Es obvio, los agentes de la espiral de la esperanza tendrían que trabajar por un compromiso histórico, por un pacto social que permita que los conflictos sociales se confinen al ámbito de la democracia. Porque conflictos sociales seguirán habiendo aquí y al este, al oeste, al norte y al sur y en el centro mismo del paraíso.

En New York, ciudad de la violencia, ciudad del caos y del colapso ecológico, ocurrió algo muy extraño el año pasado: la ciudad, quebrada, no disponía de fondos para mantener su costoso aparato policial y debió reducirlo. Paradojalmente, la criminalidad bajo en un 44%... Toda una experiencia pletórica de enseñanzas.

Como es natural, para hacer estas cosas habría que construir un movimiento que actuara en todo el Cono Sur, (¿no sería un buen nombre "MORENA"?). Habría que pensar en un esfuerzo educacional de muy largo aliento que redefiniera muchas cosas, entre otras que acometiera un inmenso esfuerzo por ayudar a cristalizar una gran transformación intelectual y moral, que abriera paso a una nueva visión del mundo, del hombre. Todo un despertar a la vida.

Las "glorias nacionales" ya no serían más las guerras, las muertes, los asaltos de barcos y de morros, de estrechos. Las glorias nacionales serían antes que todo los poetas, el mar, los cerros, los bosques y la gente sencilla, la misma que siempre paga el precio de las locuras de sus gobernantes.

Recuperar al hombre como criatura de la naturaleza. No como amo de la naturaleza.

¿Hay fuerzas para impulsar la esperanza?
¿Hay espacios para la esperanza en esta tierra que se precipita al abismo?